



Valera

ESTUDIOS CRITICOS

SOBRE

LITERATURA

1

PQ6573

E8

v. 1

VIOSR

010489



1080019049

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ai

4

Núm. Clas

860.9

Núm. Autor

11622

Núm. Adg.

10489

Procedencia

- 6 -

Precio

Fecha

Clasificó

Catálogo

624

ESTUDIOS CRÍTICOS

Imprenta de Manuel Alvarez,
Calle de San Pedro, 14.

ESTUDIOS CRÍTICOS
SOBRE LITERATURA,

POLÍTICA Y COSTUMBRES DE NUESTROS DIAS.

POR

D. JUAN VALERA,
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Imprenta de Manuel Alvarez,
calle de San Pedro, 16.

TOMO I.

MADRID:

LIBRERÍA DE A. DURAN.
Carrera de San Gerónimo, núm. 2.
1864.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE REYES"
Apdo. 1625 MONTEALEMEY, MEXICO



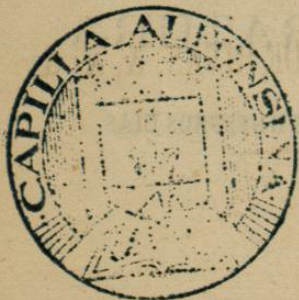
UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Capilla Alfonsina

104/89
46757

PQ6573

E8

V.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



88787

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

AL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS, & & &

El recuerdo del tiempo feliz, mi queridísimo Duque, léjos de ser el mayor dolor para mi alma, suele acudir á ella con dulzura inefable, aunque melancólica. Asi acude el de aquel tiempo, que por feliz debe tenerse mas que ningun otro de mi vida, en que pasaba yo al lado de V. los mas hermosos años juveniles, á orillas del azulado y transparente golfo de las Sirenas; en la falda del florido Vómero; entre el Posilipo y el Vesubio; bajo aquel cielo inspirador de la Magna Grecia; cerca del lugar donde fundaron escuela sus antiguos sábios, y del lugar donde dió la Sibila sus oráculos misteriosos, y del lugar donde se alzan, coronados de laurel, los sepulcros de Virgilio y de Sanazzaro.

010489

Los balcones de casa, como V. dice en sus versos, *señoreaban lo mejor del globo*. La risueña y bulliciosa Nápoles en primer término. Capri, Castelmare, Sorrento y el promontorio Minerva, se descubrian desde allí. Aquellos sitios suscitaban toda poesía con su hermosura: con sus nombres y con su presencia, maravillosos acaecimientos de las pasadas edades. La fábula, la leyenda, la tradicion y la historia, los ilustran á porfia. Desde aquellos balcones, en una apacible noche de primavera, bien se podía imaginar que se columbraba á distancia, entre las sombras confusas, una fantástica procesion de héroes, los cuales han dejado allí las huellas de su paso, desde Ulises hasta el magnánimo Alfonso de Aragon.

Los casos presentes no eran á la sazón menos poéticos. Eran, además, dichosos. Las pasiones más nobles, las ilusiones más gratas, casi siempre incompatibles por mengua de nuestra flaca naturaleza, parecia que entónces se habian dado allí la mano y podian caminar juntas sin escrúpulo. A principios de 1848, el bondadoso Pio IX era aun el jefe, el ídolo de la revolucion. Las princesas, las damas aristocráti-

cas, sobre todo las mas jóvenes, las mas bonitas y las mas elegantes, eran tambien revolucionarias. ¿Qué placer tan grande no tendria yo entónces en mostrarme aficionadísimo á la revolucion, sin dejar de ser piadoso, ni en apariencia, puesto que no hacia más que aplaudir lo que el Padre Santo aplaudia, y dando asi mismo pruebas de galante, de afectuoso, de fino y de rendido, á todas aquellas señoras tan *comm'il faut?* ¡Qué dicha la de entónces! No ser entonces liberal era ser mal católico, era ser enemigo del Papa, era ser persona de mal tono, y hasta era ser poco artístico y poco amante de la belleza, ya que lo primero que allí logró la revolucion fué que las bailarinas desechasen los impertinentes y *anti-estéticos* calzoncillos verdes que el rey Fernando II les habia obligado á gastar, harto receloso y cuidadoso de que sus amados súbditos se entregasen á la concupiscencia.

Digo todo esto, mi querido Duque, para que se vea en qué época y region tan agradables empezó esta amistad íntima nuestra, la admiracion y el respetuoso cariño mio hácia V. y la bondad de V. para conmigo, más de padre

que de jefe, que dura sin interrupcion, va ya para diez y seis años.

Aquella manera de vivir de entónces; aquellas sabrosas y regocijadas conversaciones que teniamos; los paseos que dábamos juntos por Capo-di-monte y por la Villa-Reale; las tertulias de casa de Scláfani y de Bivona; mi romántica adoracion por *la muerta*; y otros infinitos casos é incidentes, están aun vivos en mi memoria; son mis recuerdos más *saudosos*. Algo de aquello ha influido, y quizás influye todavía en la direccion que ha tomado mi espíritu; en mi manera de pensar sobre arte, poesia, política y otros asuntos más trascendentales.

Ya, desde mucho ántes de ir á Nápoles, tenía yo vocacion de escritor, presumía algo de filósofo y bastante de poeta, y habia compuesto versos. En Nápoles, con el trato y convivencia de V., y con la amistad de Estanislao Gatti y de Giovanino Baracco, acabé de internarme por la senda de la literatura, y cobré á la filosofia toda la aficion compatible con lo perezoso y distraido de mi espíritu.

Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo, habia sido yo

romántico, sino *clásico* á mi manera: manera, por cierto, harto diferente del pseudo-clasicismo francés, introducido en España por Luzan y los Moratines. Yo era adorador, idólatra de la forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento nimio, pueril y afectado; yo era fervoroso creyente en los misterios del estilo, en aquella sencillez y pureza, por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos, y pone en la escritura, con encanto indestructible, toda la mente y todo el corazon de los autores.

Estas creencias literarias, estos gustos míos recibieron en Nápoles nueva fuerza y consistencia con el estudio de la literatura italiana, y con el de la griega, que ántes solo conocia yo por traducciones, y que allí comencé á conocer en los libros originales, bajo la férula del excelente Constantino Eutimiades, mi maestro. Me forjé desde entónces un ideal de perfeccion que en mis versos propendia siempre á realizar. Aún tenían que pasar años, ántes de que pensase yo en escribir en prosa para el público.

Entretanto, habia un punto, ó mejor diré una gran parte, quizás la más esencial, de la

educacion literaria, que me faltaba. Era yo español por todos cuatro costados; español de nacion, de casta, de sentimientos y hasta de resabios, defectos y preocupaciones; pero, como literato, era más cosmopolita que castizo. Quien me bautizó en literatura, sumerjiéndome hasta la coronilla en el agua del Tajo y del Guadalquivir, quien me preparó sólida y macizamente para ser escritor *castellano*, en prosa y verso, fué el famoso D. Serafin Estébanez Calderon, cuyo ingenio, cuyo saber, y cuya manera de sentir y de expresar lo que siente, son dechado, *mapa* y cifra del españolismo.

Con estas creencias y sentimientos, y con mi ideal de perfeccion literaria siempre en la mente, peregriné por esos mundos, durante algunos años, é hice más bien la vida del hombre de salon que la del literato, leyendo algo, aunque sin órden ni concierto, y escribiendo rara vez, y versos solo.

De versos, buenos ó malos, ya publiqué un tomito en 1858. En prosa, hasta poco ántes de la publicacion de mis versos, no habia empezado yo á escribir en los periódicos.

Las circunstancias me trajeron más tarde á

pasar, de aficionado á escribir, á periodista de oficio, y dejando entonces muy distante de mí el ideal de perfeccion con que soñaba, descendí al estadio de la prensa, armado de cualquier modo, y á escribir, como Dios me diese á entender, sin pararme mucho en perfiles.

No he tenido reposo, ni constancia, ni suficiente fé en mí mismo, no ya para realizar, más ni para intentar la realizacion de mi ideal, en mis escritos. Todos ellos son ligeros, inco nexos; sin plan ni propósito que los ordene á un fin determinado; sin aquella limpieza, sobriedad, y sencilla elegancia con que soñé y aún sueño.

Como por desgracia no hay en mí una fé viva en tal ó en cual doctrina filosófica, ni tengo lo que llaman ahora un *símbolo* ó credo político completo que explicar, ni creo mucho en mi imaginacion, y espero menos de ella para producir obras en que ella tenga la mayor parte, he venido, Señor Duque, á hacerme crítico, que es oficio de gente desengañada. Yo, que me juzgué poeta, y de los mejores, he caido en el ser de un prosista casi negativo, que no es más quien critica. Todavía tengo, á pesar de lo di-

cho, no sé que vaga esperanza de escribir algo en prosa, más completo, ménos imperfecto, más adecuado á mi ideal; pero en el interin me voy poniendo viejo, y aunque lo que llevo escrito hasta ahora me parece ensayo ó tentativa, siento, con todo, dejarlo enteramente sepultado en el inmenso cúmulo de las colecciones de periódicos. Una especie de amor paternal, algo excusable, es quien me extravía, si extravió es, como sospecho, el escojer lo ménos malo, lo de interés ménos efímero de cuanto he escrito, y publicarlo reunido en tres ó cuatro volúmenes, que me atrevo á dedicar á V., á falta de mejor ofrenda. En V., en mi tío D. Antonio Alcalá Galiano, y en D. Serafin Estébanez Calderon, reconozco á mis tres principales maestros é iniciadores. Ya Galiano aceptó mis versos: para Serafin será la primera novela que yo publique, si es que llego á publicar alguna novela: acepte V., pues, estas obrillas desaliñadas que es lo único que puedo darle.

No el ser breves es lo que en mi sentir las quitaria el crédito, sino el no ser buenas. Breves son las de Montaigne, á quien me parezco en la buena fé, ya que no en otra cosa; breves

son los diálogos de Leopardí y breves los del divino Platon, á quienes tambien me parezco en el amor, en mi poco ó nada dichoso, á la pura perfeccion y sencilla hermosura de la frase. Si algo de esto hubiese en mis obrillas, ellas serian inmortales: pero no hay nada de esto. No quiero que el orgullo me alucine. No hay mas que la buena voluntad.

De mis doctrinas no hablo. De ellas juzgará quien leyere. Solo diré que, al través de ciertas dudas y contradicciones, hay, en mí, pensamiento fijo y seguro, sobre materias literarias y políticas principalmente. En las especulaciones filosóficas, si por dicha me remonto tan alto alguna vez, es en lo que estoy más vacilante. Por eso no he escrito un libro, sino polémicas, artículos, ensayos.

Recomiendo á V. y pido, Señor Duque, la mayor indulgencia. Tambien se la pido y se la recomiendo al público y á los lectores literatos, á quienes quiero advertir que yo mismo he sido indulgente las más veces, y aún algunas he rayado en el encomio hiperbólico, por bondad, y echando por tierra todos mis reparos y todo mi amor á lo natural y á lo justo.

Confieso á V. ingénuamente, señor Duque, que á pesar de presentarme con tan exccaso caudal como son estas obrillas, quisiera comprar con ellas algo de fama póstuma; quisiera dejar algo que me sobreviviese. Sé que no seré popular, ni muy leído: pero dentro de ciento ó doscientos años, no faltarán aficionados á libros raros que me tengan en su biblioteca. Puede que un Gayangos, ó un Salamanca de entonces, compre un ejemplar de esta edicion á peso de oro, pues llegarán á hacerse raros, por ser quizás la única edicion ésta que yo publico, y por el descuido con que se mirarán los ejemplares, empleándolos en envolver alcarabea. Este pensamiento del bibliófilo, que me ha de salvar de la onda muerta del Leteo, me anima y me consuela, y ha sido parte en que yo me decida á publicar los artículos. Solo con pensar y dar por seguro que dentro de un siglo ó dos se podrá muy bien decir que por un *Valera*, bien conservado, hubo quien diese mil ó dos mil reales en esta ó en aquella almoneda, doy por bien empleados los gastos de la impresion y el desden que ahora recelo del público. Todo se puede sufrir con la esperanza de que

haya un *Valera*, bien conservado, dentro de un pár de siglos; sobre todo, al considerar, que el *Valera* de carne y hueso se va ya amojamando, marchitando y consumiendo. Sobreviva, al menos, mi espíritu, y quédese algo de él en este pícaro mundo, tan querido cuanto ingrato, aunque sea en el fondo empolvado de un estante, y rara vez en comunicacion con otros espíritus humanos, salvo con los de aquellos eruditos curiosos, que solo leen los libros que nadie lee.

V., Señor Duque, y otros amigos finos, me leerán por lo pronto, y esta es una grande satisfaccion. Mil gracias anticipadas, y no deje V. de querer y estimar á su admirador y aficionado amigo Q. B. S. M.

Juan Valera.

Madrid 29 de Marzo de 1864.